

—Lo que han hecho conmigo los soberanos es una injusticia, y me oirán, me oirán, porque no es posible que sin haberme calumniado hayan podido dirigirme esa orden. Pero no importa; insisto en mi propósito: os niego la servidumbre que me pedís.

—Pronto tendreis que concedérmela, dijo Colon.

Y partió, enviando con el emisario que habia llevado el mensaje una comunicacion manifestando la negativa del obispo.

Este á su vez envió á los reyes una carta humildísima atribuyendo lo que calificaban de incuria á los mejores deseos de economizar gastos en favor del trono, porque comprendia que no era la fuerza, sino la astucia la que debia emplear para vengarse del sonrojo que le habia hecho pasar Colon.

No tardó en recibir comunicaciones de los reyes mandando poner á las órdenes de Colon diez escuderos de á pié y veinte personas más para otros servicios domésticos.

Dando las gracias por su aparente bondad á Fonseca, le indicaron de nuevo que se esmerase en respetar á Colon, porque como la escuadra entera estaba bajo su mando, nada más justo que atender á sus reclamaciones.

Fonseca no olvidó nunca la escena de aquel dia.

Hombre soberbio, altivo, rencoroso, tal le pinta la historia, se prometió hacer pagar caro á Colon el triunfo que habia obtenido sobre él, y cumplió su palabra.

No por las órdenes que habia recibido de los reyes cesó de poner obstáculos á la expedicion.

Al contrario, por debajo de cuerda hizo cuanto pudo para retardarla.

Colon venció al cabo todas aquellas dificultades.

Los preparativos terminaron felizmente, y llegó el momento de darse á la vela.

Vamos á conocer á algunos de los más importantes personajes que le acompañaron en aquella expedicion.

CAPITULO XXX.

Alonso de Ojeda.



ADA más interesante que el relato que hace un célebre historiador inglés de la situacion en que se hallaban los ánimos de los españoles en los momentos en que se preparaba la segunda expedicion del gran descubridor del Nuevo Mundo.

«El entusiasmo por esta expedicion rayaba en frenesí, é impresionados todos los corazones con lo feliz de los resultados y grande de las empresas, soñaban los mayores absurdos respecto á su dorado mundo, escondido á sus ojos entre las espumas del mar.

«Las descripciones de los viajeros que le habian visitado eran exajeradísimas, porque conservaban de él confusas nociones, como las memorias de un sueño, y se ha mostrado que el mismo Colon le vió al través de un ilusorio prisma.

«La vivacidad de sus descripciones y las grandes esperanzas que su ánimo ardiente le hacia concebir, excitaron en el público incomparable interes y abrieron el camino de amargos desengaños.

«Los corazones avaros consideraban aquellas regiones de soñada esplendidez, cuyas corrientes fluían sobre arenas de oro, cuyas montañas estaban preñadas de joyas y preciosos metales, cuyas arboledas criaban especias y perfumes, cuyas costas esmaltaban gruesas y hermosas perlas.

«Otros se forjaban más bellas y seductoras ficciones.

«Era la época de que hablamos romántica y activa, y habiéndose acabado la guerra de los moros y suspendiéndose las hostilidades con Francia, los osados é inquietos géneos de la nacion se hallaban impacientes.

«Se cansaban de la monotonía de la paz y ansiaban que cesase para entrar en ejercicio.

«A éstos les presentaba el Nuevo Mundo anchuroso campo de extraordinarias empresas y aventuras tan propias del carácter español.

«Muchos hidalgos, muchos oficiales de la casa real, y caballeros andaluces acostumbrados á la actividad poética y entretenida de la guerra y apasionados amantes de altos hechos como aquellos con que ya habian brillado en la risueña vega granadina, entraron en la expedicion, bien al servicio de los reyes, ó á su propia costa.

«Para ellos era aquel el principio de una nueva série de cruzadas, más grandes y brillantes que las que immortalizaron á la caballería europea en la Tierra Santa.

«Se imaginaban subyugando ya espaciosas y bellas islas en medio del Océano, explorando sus maravillas y plantando el estandarte de la cruz sobre los torreones de sus ciudades.

«De allí se abrirían, á su parecer, camino las costas de la India, ó más bien del Asia, penetrarían en Manguí y en Cathay, convertirían, ó lo que era lo mismo, vencerían al gran Kan, gozando así de una gloriosa carrera militar en las espléndidas regiones y entre los semi-bárbaros pueblos del Oriente.

«Nadie tenia una idea clara y exacta de los peligros á que se arriesgaban, de la inmensidad que iban á surcar, de la empresa gigantesca que cargaban sobre sus hombros, de los hombres que iban á sujetar al dominio español.

«En efecto; si en esta fiebre de la imaginacion se hubieran presentado los hechos tal cual eran en su fria realidad, habrían sido desechados con desprecio, porque nada aborrece tanto el público como el que se le despierte en medio de sus dorados sueños.»

Entre los que aspiraban á embarcarse con Colon habia dos jóvenes sobre los cuales voy á llamar la atencion de mis lectores, porque desempeñaron un gran papel en la historia de la conquista del Nuevo Mundo.

Llamábase el primero Alonso de Ojeda y el segundo Américo Vesputio.

Era Ojeda natural de Cuenca, hijo tercero de una de las más nobles familias de Castilla la Nueva.

Recibió desde sus primeros años muy buena educación y aun no habia cumplido doce cuando entró al servicio de don Luis de la Cerda, duque de Medinaceli, en calidad de paje.

En aquella época de continuas guerras con los moros y de discusiones entre los nobles y la corona, nada más fácil para él jóven valiente que aprender á lidiar y encontrar ocasiones de distinguirse.

El duque de Medinaceli, poseedor de vastos dominios, era uno de los capitanes que mayor número de fuerzas mandaba, y á su lado habia tenido ocasion desde muy niño Alonso Ojeda de luchar y vencer.

En efecto; dotado de una energía, de un valor, de una audacia sin límites, era el primero que desafiaba el peligro, y durante la memorable conquista de Granada hizo tales proezas, que á pesar de sus pocos años gozaba ya de gran reputacion.

Tenia aquel jóven en los momentos en que habia conseguido de los reyes licencia para acompañar á Colon, veintiun años.

De estatura pequeña, poseía una fuerza y una actividad maravillosas.

Su levantado espíritu, su mirada altiva, su expresión varonil, imponía á pesar de lo bajo de su talla.

Ninguno como él doblegaba á su voluntad los potros de más sangre.

Nadie le aventajaba en el manejo de las armas, y su agilidad y su fuerza no tenía competidores.

Si á esto se añade su arrogante figura, la pureza de sus facciones, la franqueza de su carácter, se comprenderá el gran partido que tenía no solo entre los hombres, sino entre las más ilustres damas de la corte.

En las justas y torneos salía siempre triunfante, y al mismo tiempo ño había trovador que compitiera con él pulsando la cítara, y entonando las bellas cantigas de aquellos tiempos.

Una muestra de su arrojo había aumentado su celebridad.

Hallándose la reina doña Isabel con muchas de sus damas y cortesanos en la torre de la catedral de Sevilla, llamada la Giralda, para demostrar Ojeda á su majestad la reina su agilidad y su valor se encaramó á una gran viga que sobresalía más de veinte piés de la torre á tan inmensa altura del suelo que los que por allí andaban parecían desde abajo figuras microscópicas.

Solo mirar abajo desde cualquiera de las ventanas de la torre á la altura en que estaba la viga, bastaba para aterrorizar á los más valientes.

Ojeda, ántes que pudieran contenerle, comenzó á andar por la viga con la mayor desenvoltura lo mismo que si fuese un pavimento llano.

Al llegar al extremo se puso sobre un pié, y girando sobre el otro volvió la vista hácia á la torre sin que aquella especie de suspension en medio del aire le produjese ningun vahido.

Permaneciendo sobre un pié, fijó el otro en la pared de la torre y arrojó una naranja por encima de ella.

No solo la reina y su comitiva, sino los que desde abajo presenciaban aquellos atrevidos y peligrosos ejercicios, estaban, como suele decirse, con el alma en un hilo.

A cada instante temían que le faltara equilibrio y cayera.

La angustia con que todos le veían era mortal, pero no se atrevían á decirle una palabra temerosos de que por prestar atención á lo que le dijeran perdiese el equilibrio y cayera.

No sucedió así y recibió los plácemes de la reina y de todos los que le acompañaban, mientras su soberano le encargó que guardase todo el ánimo que se revelaba en su audacia para luchar y vencer á los enemigos de su patria.

Ojeda amaba el peligro y le buscaba con tanta insistencia, que como dice muy bien uno de sus biógrafos, parecía que peleaba más por el placer de la lucha que por el honor que de ella podía resultarle.

Este desprecio de la vida no era en él natural, sino efecto de un triste desengaño que había sufrido.

Siendo muy jóven, pues aún no había cumplido diez y ocho años, hallábase en Sevilla con el duque de Medinaceli su señor, y por consentimiento de éste partió á las órdenes del marqués de Cádiz á tomar parte en una de las batallas que aquel intrépido guerrero se proponía dar á los moros.

Arrojado en extremo, fué tan grande su empuje en la pelea que llegó á separarse de los suyos.

Viéndose acorralado por los moros y queriendo morir ántes que ser prisionero, mató á muchos de los que le rodeaban é hirió á algunos, y al fin cayó sin sentido, porque traidoramente le arrojó uno de ellos una piedra á la cabeza.

Había producido tal entusiasmo entre sus adverbios el valor que había desplegado en la lucha, que el jefe de los mo-

ros quiso que le respetaran cuando vió que se acercaban á él con el alfanje en la diestra en actitud amenazadora, diciéndoles:

—A un valiente no debe atacársele estando sin sentido.

Reclamó para sí aquel preso y le llevó á su casa, en donde le prestó los mayores cuidados para que volviera en sí.

El cadí ó jefe que tenia en su poder á Alonso de Ojeda, era un hombre de cincuenta á sesenta años, de aspecto formidable y de gran nombradía entre los suyos por las proezas que constituian su historia.

Vivia cerca de Ronda, con su hija Zora, niña de quince años, que era todo el encanto de su padre.

Cuando Alonso volvió en sí halló á su lado á la hermosa oriental, que con sus negros y radiantes ojos fijos en él, aguardaba el momento en que recobrase la vida que parecía haber perdido.

El corazón de Ojeda se despertó al amor en aquel momento.

Zora bebió también el embriagador néctar del amor en la primera mirada del caballero cristiano.

La herida habia sido muy leve, y no tardó Alonso en restablecerse.

El padre de Zora le tomó gran afecto y procuró influir en su ánimo para que, abandonando su religion, profesara el islamismo.

Era tanto el amor que le inspiraba la jóven morisca, que vaciló un momento al oír aquella proposición.

En otras circunstancias hubiera contestado á aquellas indicaciones con el desprecio y el castigo.

Pero habia ya hablado con Zora, habia escuchado de sus labios la declaración de que participaba de sus mismos sentimientos, y en aquella edad el amor debia ser toda su vida.

Zora le habia jurado muchas veces que seria suya.

Alonso, verdaderamente enamorado de ella, le habia pedi-

do por su amor que huyera con él, ofreciéndola ser su esposa en cuanto estuvieran en el dominio de los cristianos.

Zora no queria aceptar un sacrificio tan grande porque amaba á su padre, y sabia que su fuga seria causa de su muerte,

Pero el amor de Alonso la subyugaba, y al fin y al cabo, accediendo á sus ruegos, resolvió seguirle.

Combinaron los dos el plan para escaparse, y el astuto padre de Zora, viejo ya, gran conocedor del corazón humano, no tardó en comprender el lazo que unia sus almas, y como aquello destruía sus planes, porque pensaba dar á su hija á Ali Bensaïd, sobrino favorito del Zagal, trató de evitar que aquella pasión se arraigase en el corazón de la niña y no pudiera apagar el incendio.

Alonso le inspiraba mucho interés.

Su bravura, su juventud, los dones que habia recibido de la naturaleza, le encantaban.

Pero no podia hacer el sacrificio de concederle la mano de su hija, porque dándosela al Zagal se prometia tener gran influencia en la gobernación de las ciudades que dominaba aquel rey moro.

Siguió de cerca á los dos amantes, y en el momento que se preparaban á la fuga, desapareció de pronto su hija de la casa que habitaba.

Alonso la esperaba en un sitio para huir con ella, y al ver que faltó á la cita, corrió en su busca.

Los esclavos le dijeron que habia partido con su padre á Guadix.

Pero estaba seguro él de que por nada del mundo le olvidaria Zora y aguardó su vuelta.

El padre de la jóven habia mandado que le asistieran en su casa, diciendo á los esclavos que con la suya respondian de su vida.

Pasó algun tiempo, volvió el padre de Zora y anunció á Alonso que su hija habia tenido la fortuna de enamorar al sobrino del rey, y que todo se aprestaba para que fuera la reina de su serrallo.

Alonso no quiso creerle.

Era imposible que Zora, que tantos juramentos de amor le habia hecho, fuese de otro hombre.

Al fin se confirmó la noticia que le habia dado el moro.

El padre de Zora se dispuso á partir para Guadix, pero ántes indicó á Alonso que estaba en libertad y que podia regresar con los suyos si queria.

—No, le contestó Ojeda, quiero acompañaros en vuestro viaje, quiero despedirme para siempre de vuestra hija.

El anciano, que habia hablado al Zagal del prisionero cristiano que tenia, creyó que seria grato para su rey verle de cerca y le llevó á su lado.

Ojeda abrigaba un terrible proyecto.

Cuando se convenció de que Zora, accediendo á los ruegos de su padre y dominada por los halagos de su nuevo amante le habia olvidado, apénas se halló á su vista, en medio de la consternacion de todos los circunstantes, clavó en su pecho un agudo puñal, y no contento aún hirió de muerte al anciano, que cayó sobre él para vengar á su hija.

Inmediatamente fué arrojado en una de las más hondas y oscuras mazmorras de un castillo.

La fama de su brío fué causa de que el Zagal no decretase instantáneamente su muerte.

La muerte era, por otra parte, poco para que pagase el crimen que habia cometido.

El encierro, el martirio, era un castigo más terrible para él.

No tardó en ser enviado á Ronda, donde era alcaide Sahim, anciano moro que profesaba á los españoles un vivo afecto, porque á su generosidad debía la vida de su hija.

No podia caer en mejores manos Alonso de Ojeda.

Parecia que la suerte se complacia en abrirle camino.

Algunos años ántes, en una de las más bellas mañanas de primavera, salieron doce jinetes cristianos á recorrer las cercanías del campamento de los moros.

Regresaban ya á la ciudad sin haber tenido tropiezo alguno, cuando en el camino que conduce de Ronda á Loja vieron á un caballero ricamente vestido que caminaba á todo escape.

Corrieron tras de él, y rodeándole, le intimaron á que se rindiera.

Comprendiendo que su muerte era segura si luchaba con ellos, porque sus fuerzas serian inútiles para pelear, atendiendo al mayor número de sus adversarios, entregó su alfanje sin resistencia alguna.

Era el moro un jóven de veinticuatro años, de expresivo rostro, é iba vestido con un traje que demostraba que pertenecía á una familia noble y rica.

Aquella noche entró prisionero con los doce jinetes en Antequera, y no tardó en ser presentado al alcaide cristiano de aquella ciudad.

—¿Cuál es tu nombre? le preguntó el alcaide.

—Me llamo Ambesa, y soy hijo de Sahim, el alcaide de Ronda.

—Ya le conozco, contestó el cristiano, y no ignoro que es uno de los más intrépidos musulmanes. De buena gana te dejaria en libertad; pero necesito cumplir, aunque con pena, la imperiosa ley de las represalias. No tengo más remedio que encerrarte en un calabozo para que sufras lo mismo que tu padre hace sufrir á uno de mis bravos guerreros, de quien se apoderó por medio de sorpresa hace muy pocos dias.

—Tu cautivo soy yo; dispon de mí segun te plazca, res-

pondió Ambesa, pero mucho más te agradecería que me quitaras la vida, y no que me privases hoy de la libertad.

Y al decir esto sus ojos se inundaron de lágrimas.

—¿Qué es eso, dijo el alcaide cristiano, ¿lloras? ¡Ah! no eres entonces el hijo de Sahim, sino un cobarde que tiembla al solo anuncio de la muerte.

—Orgullosa cristiana, dijo Ambesa, no mancilles mi noble linaje. Jamas en él nació un hombre que no fuese valiente y no tuviese bastante heroísmo para morir. Pero si conocieras los secretos de mi corazón verías cuán desgraciado me has hecho al aprisionarme, y comprenderías por qué prefiero la muerte al cautiverio.

—Explicate.

—Zaida, la más hermosa de las huries, es mi amada y me ama. Su padre, anciano guerrero que habita en Loja, me ha otorgado su mano y hoy mismo deben celebrarse nuestros desposorios. Ella me espera en este instante, y al ver que faltó á mi palabra me llamará traidor y desleal, y con justa razón dará su voluntad y su mano á otro doncel más afortunado. Hé aquí la causa de mi llanto. Pero tú, que según es fama, tienes el corazón duro como el mármol, extrañarás que tenga valor para morir el hombre que no sabe contener las lágrimas del sentimiento.

—Soy caballero, contestó el alcaide Rodrigo de Narvaez, que así se llamaba, y voy á ver si tú lo eres también como blasonas. Te permito ir á Loja á celebrar tus bodas, pero con condición de que volverás mañana para entrar de nuevo en el calabozo.

—Te lo prometo y te lo juro por la sagrada piedra de la Kaaba. Déjame hoy en libertad y mañana seré tu esclavo.

—¿Qué prenda quieres?

—Tu palabra me basta.

Ambesa partió, llegó á Loja, pudo desposarse con la bellísima Zaida y al amanecer del siguiente día la reveló su desgracia.

—No tengo más remedio que cumplir mi palabra.

La hermosa sultana quiso aprisionarle en sus amorosos brazos.

Todo fué inútil.

Ambesa, aunque con el corazón desgarrado, montó en su alazan y llegó á Antequera ántes de la hora prefijada.

—Eres leal, le dijo Rodrigo de Narvaez, y me duele en el alma tu suerte, pero no tengo más remedio que aprisionarte.

—A eso he venido, contestó con resignación Ambesa.

Aún estaba hablando con Rodrigo de Narvaez cuando un pajecillo de éste acudió á anunciarle que una mujer con traje de mora deseaba que la concediera un instante de audiencia.

Aquella mujer era Zaida, la desolada Zaida, que con los ojos anegados en lágrimas iba á ofrecer todas sus joyas en rescate de su esposo; á ofrecerse como esclava si no era bastante el valor de aquellas alhajas para pagar la libertad de Ambesa.

El severo Narvaez no pudo menos de conmoverse.

—Guarda, guarda tus joyas, dijo, y nunca las uses, porque aunque muy bellas serán inútiles para realzar tu hermosura. Véte libre y que te acompañe tu amado.

—¿Cómo? ¿me dejas en libertad?

—Sí, sois dignos de ser felices.

Ambos amantes se arrojaron á los pies del noble alcaide y le expresaron su gratitud.

Poco despues partieron, dirigiéndose á Ronda, en donde Sahim los esperaba.

Apénas supo el rasgo de generosidad del alcaide de Ante-

quera, no quiso ser ménos que él y le envió no solo el cautivo de quien habló á su hijo, sino otros diez más, y como regalo doce caballos ricamente enjaezados á la usanza morisca. (E)

A partir de aquel momento, Sahim, que debía á los cristianos la vida de su hijo, fué piadoso con ellos.

Cuando supo las prendas que adornaban á Alonso de Ojeda facilitó su fuga, y de este modo pudo el desdichado amante volver al seno de sus amigos y de sus protectores, que le lloraban como muerto.

Se habia obrado un gran cambio en su existencia. No creia en el amor, y con un secreto deseo, con el de morir cuanto ántes, se lanzaba á los mayores peligros.

La suerte le protegió; salió triunfante en todas las luchas en que tomó parte; la gloria le sonrió, y el amor á la gloria alejó de su alma el deseo de morir.

Poco dejó en él el espíritu caballeresco y aventurero, la sed de dificultades que vencer, y natural era que habiendo llegado una época de ocio para los guerreros, al ver que se trataba en el Nuevo Mundo de conquistar ricos países y difundir la fe católica entre una raza idólatra, y al comprender desde luego todos los riesgos que podian correr en una navegacion tan larga, desease acompañar á Colón.

El almirante tenia noticia da él, y le acogió con los brazos abiertos.

—Hombres como vos son los que yo necesito: valientes con los valientes; generosos con los débiles. Contad conmigo para todo.

Alonso de Ojeda, que habia logrado del duque de Medinaceli, su protector, que le permitiese ir en la expedicion, no se separó desde entónces del almirante, y ardía en deseos de emprender cuanto ántes la marcha.

Conozcamos ahora á Américo Vespucio.

CAPITULO XXXI.

Américo Vespucio.



AMOS á trasladar á nuestros lectores á la ciudad de Florencia, y á entrar con ellos en una casa de modesto aspecto en una tarde del mes de Julio del año 1481.

Una mujer de cincuenta años, con todo el aspecto de una matrona, se entrega á las faenas de la casa, suspende sus tareas para consultar á un fraile de venerable rostro que saluda á la buena mujer, diciéndole:

—Dios sea con nosotros, mi querida Isabel.

—¿Vos por aquí, padre Jorge? exclamó la aludida; ¿á qué se debe vuestra visita?

—Salgo ahora mismo del palacio de los Médicis de dar la acostumbrada leccion de latinidad á Rugiero, el hijo menor del duque.

—¿Y venís á que os sirvan un refrigerio?

—¿No, hija mia, no; vengo á darte noticia que de seguro te pondrá de mal humor.

—¿Pues qué pasa?

—El duque me ha llamado esta tarde y me ha enseñado una carta que ha recibido de España.

—¿Se trata de alguna diablura de mi hijo Paolo?

—Lo has adivinado.

—¡Válgame dios! ¡Válgame Dios! Va á matarnos á pesa-